



GIANNINI, M.: *Papacy, Religious Orders and International Politics in the Sixteenth and the Seventeenth Centuries*, Roma, Viella, 2013. 252 págs.

En las dos últimas décadas ha aumentado de manera significativa el interés por las órdenes religiosas durante la Edad Moderna, principalmente por su movilidad transnacional, que se ha convertido en un aspecto de estudio relevante dentro de la actual inquietud historiográfica por los orígenes del mundo globalizado, como señala Massimo Carlo Giannini, editor del libro colectivo *Papacy, Religious Orders and International Politics in the Sixteenth and the Seventeenth Centuries*. Así, las actividades de los religiosos como misioneros, confesores y educadores han sido estudiadas para arrojar luz sobre cuestiones como la definición y difusión del catolicismo a nivel internacional, la circulación y transmisión del conocimiento, y los encuentros con otras sociedades y religiones.

La riqueza de la documentación conservada en los archivos locales y generales de las órdenes religiosas y del Vaticano ha facilitado que estos temas sean investigados desde una gran diversidad de perspectivas religiosas, culturales y políticas. El nuevo interés historiográfico por las órdenes religiosas también ha revelado que su papel fue mucho más complejo de lo que se creía hasta hace poco, puesto que no fueron meros ejecutores pasivos de las directrices y estrategias de Roma. Este libro colectivo pretende mostrar, a través del estudio de diferentes casos, la difícil y contradictoria aspiración de las órdenes religiosas, que trataron de compaginar su misión en el seno de la Iglesia católica, con la defensa de sus intereses particulares –en connivencia con el poder político– en aquellos territorios en los que operaban.

Boris Jeanne, de esta manera, analiza las relaciones que mantuvieron los franciscanos con Roma y Madrid a lo largo de tres períodos. El primero, entre los años 1454 y 1568, representa la época dorada del patronato regio, cuando la Monarquía hispana ejerció su dominio sobre el Papado. El segundo, que se inicia en 1568, coincide con la pretensión de la Santa Sede de restaurar su influencia en el ámbito diplomático internacional y participar en la administración eclesiástica del

Nuevo Mundo a pesar de los obstáculos interpuestos por la Corte española. En el tercer período, entre 1594 y 1622, Roma optó finalmente por una nueva manera de ejercer su influencia internacional, impulsando la *Propaganda Fide* con el apoyo de las órdenes religiosas.

La compleja relación entre Roma, el poder político y las órdenes religiosas merece la atención de Benoist Pierre dentro del contexto de las Guerras de Religión en Francia. Frecuentemente, señala el autor, la protección real de las órdenes clericales ha sido considerada desde la perspectiva de la instrumentalización política de las órdenes, que a cambio de su sumisión a los monarcas gozaban del favor real. No obstante, el autor sugiere que después de una época convulsa se produjo gradualmente, con el beneplácito de Roma, una colaboración cada vez más estrecha entre las órdenes y la Monarquía con el fin de construir una “Monarquía mística” sobre fundamentos teológicos y espirituales que rompían con los principios de la Liga Católica.

Esther Jiménez Pablo se centra en la evolución de la Compañía de Jesús durante los siglos XVI y XVII, tratando la cuestión de si la orden respondía a las directrices del Papado o de la Monarquía hispana. La autora esboza el contexto político de la Monarquía, que durante los reinados de Carlos V y Felipe II estuvo dominada políticamente por una élite social castellana, cuyos valores, ideología y forma de vida se basaban en unos principios ascéticos y una espiritualidad racional y exterior, centrada en la idea de la autosuperación. Estas élites se distinguían de otros grupos sociales que practicaban una espiritualidad más radical y mística, y que habían ocupado importantes puestos en las ciudades y las Cortes reales en el siglo XV, pero habían sido gradualmente desplazados del poder a lo largo del siglo XVI.

Los Jesuitas durante este último período, precisamente, se mostraron muy próximos a la tradición espiritual personal y radical más afín a Roma, que predominaba entre las élites que habían perdido su influencia política en la Corte. No obstante, la autora muestra cómo los generales de la Compañía, principalmente aquellos que no eran españoles (Mercuriano, Acquaviva y Vitelleschi) modelaron la orden para adaptarla a los objetivos espirituales y políticos del Papado. Así, durante el siglo XVII, la Compañía pudo ejercer su influencia sobre el nuevo proyecto político de la Monarquía Católica, cada vez más condicionada por los designios de la Santa Sede.

La relación entre el poder político, Roma y las órdenes religiosas es estudiada por Aurélien Girard a través de los misioneros desplazados a Oriente Próximo a lo largo de la década de 1620. Además de los franciscanos, también desarrollaron allí sus actividades las nuevas órdenes de la reforma católica: los jesuitas, capuchinos, y carmelitas descalzos, que atendían a las pequeñas colonias de mercaderes europeos. Girard describe la complejidad de un contexto religioso y

diplomático marcado por la rivalidad entre las órdenes que pugnaban por establecerse en los lugares santos, por la competencia entre Venecia, la Monarquía Católica y Francia por ejercer su patronazgo sobre los misioneros, y por la influencia del Papado ejercida a través de la *Propaganda Fide*.

La detención y suspensión, en 1642, del Padre Niccolò Ridolfi, maestro general de los dominicos, que dio lugar a la ruptura de la orden por la elección de dos maestros, Michele Mazzarino, apoyado por Francia, y Tomás de Rocamora, respaldado por la Monarquía Católica y el Imperio, es analizada al detalle por Massimo Carlo Giannini. El cisma pone de manifiesto los intentos de los monarcas y de Roma por controlar las órdenes religiosas, y cómo sus intervenciones se imbricaron en la dialéctica interna de las facciones y grupos “nacionales” de las distintas órdenes. La lealtad política de los religiosos, señala Giannini, no era por lo general estable y duradera, sino que cambiaba según las conveniencias y las estrategias desplegadas en cada momento. El conflicto tuvo lugar en un momento delicado para el Papado, ocupado con la Guerra de Castro, y en medio de serias tensiones con varios príncipes italianos y europeos. Por otra parte, la Monarquía Católica experimentaba un período de transición política después de la caída de Olivares, mientras que Francia veía el ascenso del Cardenal Mazarino. El conflicto, finalmente, terminó con una solución de compromiso.

El peligro de cisma, y la actitud prudente que tomaba Roma frente a los conflictos internos de las órdenes, es estudiado por Ignasi Fernández Terricabras dentro del contexto de la guerra franco-española, a partir de la rebelión catalana en 1640, cuando las órdenes fueron obligadas a elegir entre la lealtad a Felipe IV o a Luis XIII. De la misma manera que Giannini, Terricabras concluye que la lealtad política de las órdenes no estaba predeterminada: el clero era un grupo muy diverso, dentro del cual algunos apoyaron a los revolucionarios, otros sufrieron represalias por mantener su fidelidad a Felipe IV, y muchos cambiaron su postura a lo largo del conflicto. Roma entretanto adoptó una actitud expectante, preocupada por el carácter transnacional de las órdenes.

Tomáš Parma, por su parte, presenta dos estudios particulares sobre la reforma de las órdenes monásticas en los territorios checos. Los monasterios, concluye también Parma, no servían siempre obedientemente al pontífice, sino que representaban un poder relativamente independiente, tolerado por Roma con la condición de que respetaran la enseñanza ortodoxa y cierta disciplina religioso-política. La autonomía de las órdenes estaba frecuentemente relacionada con la política de los monarcas Habsburgo, y la política local de los territorios imperiales.

Los diferentes aspectos que marcaron la relación entre las órdenes, el poder político y Roma en Polonia son tratados por Gaetano Platania. El autor escribe acerca de los intentos de los Jesuitas por conservar sus privilegios en lo que

respecta a la fundación de centros educativos, siempre con la oposición de una gran parte de la nobleza local, ante las intervenciones de Roma y de Segismundo III Vasa, quienes dilataban la decisión cediéndosela mutuamente. Por otra parte, aborda los problemas causados por la llegada de los frailes capuchinos a Polonia, deseada por Segismundo III, y Juan III Sobieski. Finalmente, Antal Molnár analiza la complicada relación entre los franciscanos bosnios, quienes seguían unas tradiciones misioneras medievales y debían lidiar con los otomanos, por una parte, y con Roma, por otra, que quería introducir una nueva organización misionera desde la Congregación de *Propaganda Fide*.

El libro, en suma, se caracteriza por una gran coherencia respondiendo ampliamente a las cuestiones planteadas por su editor en la introducción. A pesar de la gran diversidad de perspectivas, temas y espacios geográficos tratados, los autores han mostrado en análisis minuciosos y precisos, los diversos aspectos que definieron las complejas relaciones entre las órdenes religiosas, el Papado y el poder político, desgranando los motivos que propiciaron posturas tan variadas como cambiantes. Así pues, el libro constituye una valiosa aportación al debate sobre las relaciones político religiosas en la Edad Moderna.

**-Gijs Versteegen-
Universidad Rey Juan Carlos**